

## CAPITULO XXVII.

### MUERTE DEL GRAN CAPITAN.

MUERTE DEL REY CATOLICO.

De 1512 á 1516.

Conducta de Fernando con el Gran Capitan.—Sentimiento que produce en el ejército.—Quejas de Gonzalo.—Dureza con que habló al rey.—Devuélvete los poderes.—Nuevos recelos del monarca: desaires.—Muerte de Gonzalo de Córdoba.—Luto en la corte.—Virtudes del Gran Capitan.—Enfermedad del rey y su causa.—Proroga Fernando la tregua con Luis XIII.—Disgusto y resolución del rey de Inglaterra.—Pensamiento de Francisco I. de Francia.—Promueve el Rey Católico otra liga contra él.—Toma el archiduque Carlos el gobierno de Flandes.—El rey Fernando en las cortes de Calatayud.—Renuévase la guerra de Italia.—Deslealtad del conde Pedro Navarro.—Sangrienta y tenaz batalla entre suizos y franceses.—Francisco I. de Francia se apodera de Milan.—El papa abandona al Rey Católico y se une al francés.—Alianza entre Fernando el Católico y Enrique VIII. de Inglaterra.—Agrávase la enfermedad del rey.—Su testamento.—Disposiciones para la sucesion y gobierno de los reinos.—Su muerte.

Cosa era que causaba general admiracion y escándalo que ni para la empresa de Oran, ni para la de Italia, ni para la de Navarra quisiese el rey emplear al mas entendido, valeroso y afortunado general es-

pañol, y que mientras pasaban estos grandes acontecimientos la victoriosa espada del Gran Capitan se estuviera enmoheciendo en un agujero de las Alpujarras, como llamaba él á su retiro de Loja, todo por el infundado recelo que abrigaba todavía el suspicaz monarca del antiguo conquistador y virey de Nápoles. «Muy encallada está la nave,» decia aludiendo á su forzada inaccion el conde de Ureña.—«Sabed, conde, replicaba Gonzalo, que esta nave, cada vez mas firme y mas entera, solo aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.»

Esta ocasion se creyó llegada, cuando á consecuencia del triunfo de los franceses sobre los príncipes de la Santa Liga en la batalla de Rávena, determinó el rey, á peticion del papa y de los aliados, enviar á Italia al Gran Capitan, como el único capaz de sacar triunfante la causa de las potencias coligadas. Tan pronto como se supo esta determinacion, nobles, caballeros, soldados, hasta la guardia misma del rey, todo el mundo se apresuraba á alistarse en las banderas de Gonzalo, muchos se ofrecian á servir sin sueldo, solo por participar de sus glorias, y por ir á Italia con el Gran Capitan no se encontraba quien quisiera ir á la guerra de Navarra. Mas todo este entusiasmo se vió muy brevemente convertido en sentimiento público. Mientras se disponia la expedicion, mudaron de rumbo las cosas de Italia; los franceses, derrotados en Novara por los suizos, eran espulsados de Lombardía,

y el objeto de la Santa Liga parecia cumplido. Entonces, y en ocasion que Gonzalo se hallaba en Antequera acelerando la marcha de la espedicion, recibió órden del rey para que suspendiese la partida, puesto que habiendo perdido los franceses lo que tenian en Italia, no habia ya necesidad allí ni de capitán ni de tropas españolas, que los caballeros y continos de su casa que estaban con él fuesen á servir en la guerra de Navarra á cuyas fronteras acudian todas las fuerzas francesas, y que licenciase y despidiese las tropas, continuando solo las pagas á los que quisiesen alistarse para el ejército de Navarra (1512).

La noticia de una gran derrota ó de un gran infortunio hubiera causado menos honda sensacion de disgusto y de pena que la que produjo en el ejército español esta conducta del rey con el Gran Capitan. Porque si al ordenar la suspension de su ida á Italia, donde podrian no ser ya necesarios sus servicios, le hubiera dado el mando en gefe del ejército de Navarra, no se hubiera atribuido á desaire, ni se hubiera calificado de insigne ingratitud, como lo era condeñarle otra vez á la inaccion y al retiro, cuando ardía viva una guerra estrangera en el Norte de España. Así fué que casi ningún capitán de los alistados con Gonzalo quiso servir en la campaña del Norte. Gonzalo convocó sus tropas, las animó á celebrar la prosperidad de los negocios exteriores del reino, y no queriendo dejar de hacerles alguna demostracion de

agradecimiento por el celo y la buena voluntad con que se habian prestado á seguirle, espléndido y liberal siempre, hizo reunir hasta la cantidad de cien mil ducados en dinero y alhajas, y los distribuyó generosamente entre los oficiales y soldados, y con esto se despidió de su ejército.

Altamente ofendido se mostró de su mōnarca el Gran Capitan, y en esta ocasion dió bien á entender que se le habia apurado el sufrimiento, y aun el disimulo que hasta entonces habia podido guardar. Lleno de dolor y de enojo, en la respuesta que envió al rey contestando á su mandamiento, le manifestó cuánto le maravillaba que hubiera tomado con él semejante determinacion, debiendo saber que «era mas codicioso de buena fama que de mucha hacienda, y que todo lo que el mundo valia lo estimaba en poco en comparacion de su lealtad á un amigo cualquiera, cuanto mas á su rey y señor: que S. A. debia conocer mejor que nadie á los hombres malévolos y de tan poco ánimo como sobrada ambicion, que sin duda le envidiaban y calumniaban, y que recordára bien si alguna vez por causa suya habia recibido detrimento el reino, ó sufrido mengua las banderas españolas.» Y como el rey procurára justificarse con Gonzalo, esponiendo, con las mas suaves palabras que podia emplear, las causas porque habia mandado sobreseer en su ida á Italia, el Gran Capitan cada vez mas irritado, escribió al rey dándole nuevas y mas amargas

quejas, espresadas con palabras las mas fuertes y duras. Despues de desafiar al rey á que le señalase uno solo de entre todos sus súbditos y criados que le hubiese servido con mas lealtad y paciencia y mas sin respeto de si mismo, añadía, «que en ser de aquella manera tratado conoció que estaba pagando lo que »habia ofendido á Dios por servir á Su Alteza; que en »lo que á él tocaba, acostumbrado estaba á sufrir y á »pasar por todo, pero que le pesaba y dolía mucho el »daño que con aquella órden se habia hecho á los »que vendieron sus haciendas y dejaron buenos y »honrosos partidos por seguirle en aquella empresa, »y cuyas quejas cargaban sobre él; que por su parte »no sentia lo que habia gastado en gratificar á aque- »llos caballeros, pues hasta quedar reducido otra vez »á Gonzalo Hernandez, todo lo debía esponder en ser- »vicio de S. A.» y concluía pidiéndole licencia para irse á vivir con su familia á su pequeño ducado de Terranova, puesto que el estado en que se encontraban las cosas de Italia le ponía allí fuera de toda sospecha, hasta que Su Alteza tuviese mejor ocasion y mejor voluntad de servirse de él.

Dábale el rey por excusa que, siendo la intencion y propósito del papa hacer que saliesen de Italia los españoles, como habian salido ya los franceses, no consentiria que se enviase allá nuevo ejército, ni era conveniente hasta tener arregladas las cosas con los príncipes de la liga, y que le parecia mejor que hasta

tanto que esto se determinase se fuese á descansar durante el invierno á Loja. Pero la verdad era que se habia tratado de persuadir al rey, y él por lo menos fingia creerlo ó recelarlo, que habia tratos secretos entre el papa y el Gran Capitan para echar de Italia asi las tropas del emperador como las del rey Católico, en premio de lo cual el pontifice daría á Gonzalo el ducado de Ferrara, y que esta era la razon del empeño que el papa habia mostrado siempre en que se nombrase á Gonzalo de Córdoba general de la Iglesia y de los ejércitos de la liga. De esta sospecha tan injuriosa á la lealtad del Gran Capitan, no hemos hallado hasta ahora prueba alguna en la historia, por lo cual debemos creer que era todo ó calumnia de sus enemigos ó suspicacia, ó tal vez malicia del rey. Ello es que indignado Gonzalo con aquella respuesta, envió al rey sus poderes diciendo, «que para ermita- »ño, como lo pensaba ser, no tenia necesidad de ellos, »y que se iria á vivir en aquellos agujeros, contento »con su conciencia y con la memoria de sus servicios, »teniendo aquel destierro por una de las mercedes que »de la mano de Dios habia recibido, muy colmada pa- »ra la alma y para la honra (1).»

Poco tiempo despues, ó por probar hasta dónde llegaba el disfavor de su soberano, ó porque real-

(1) Chron. del Gran Capitan, —Zurita, Rey don Hernando, li-  
lib. III.—Giovio, Vita Magni Gon- bro X., cap. 28.—Quintana, Vida  
salvi, lib. III.—Mártir, epíst. 493. del Gran Capitan, p. 330 y sig.

mente necesitara alguna indemnizacion de los gastos que habia hecho con los caballeros y capitanes que entretuvo á su costa en Córdoba y Antequera, pidió al rey una tras otra dos encomiendas que sucesivamente vacaron, y ambas se las denegó el monarca, so pretesto de que no estaba lejos de pensar que tuviera derecho al gran maestrazgo de Santiago, y de ser informado de que proseguía su pretension con el papa para que se le confriese en el caso de fallecimiento del rey.

No pudo ya el Gran Capitan ser amigo de un soberano que le correspondia con tanta ingratitud, y no estamos lejos de creer fuese cierto lo que Fernando despues comenzó á sospechar, á saber, que adhiriéndose á los nobles y grandes descontentos que suspiraban por la venida del príncipe Carlos para alejar otra vez de Castilla al rey de Aragon, trabajaba con ellos por traer al archiduque heredero y encomendarle el gobierno de Castilla. Decíase que tenia proyectado embarcarse en Málaga para Flandes con objeto de ir á buscar personalmente al príncipe y que solo esperaba buena ocasion para realizarlo. Es lo cierto que en la enfermedad que el rey padeció por aquel tiempo no habia ido á verle, y se disculpó despues con su soberano diciendo que no lo habia hecho, «porque no lo atribuyese á lisonja, que era la moneda que menos querria dar ni recibir.» Y tal vez por alejarle de aquel punto le invitó Fernando y le rogó que asistiese al ca-

pitulo de las órdenes que el dia de Santiago (1513) se celebraba en Valladolid, añadiendo que deseaba consultarle sobre las cosas de Italia y otros negocios graves que entonces ocurrían. Tambien se escusó el Gran Capitan de asistir á aquella asamblea, y no ocultando su resentimiento respondió al rey que se sirviese dispensarle, pues bien sabia las justas causas que tenia para ello, que personas de suficiencia tenia á su lado á quienes consultar, y que creia hacerle mejor servicio en no ir, porque si S. A. lo desease, no le hubiera dado tan breve plazo para andar tan largo camino (1).

Finalmente, habiéndole asegurado á Fernando que el Gran Capitan tenia ya resuelto embarcarse en Málaga con los condes de Cabra y de Ureña y con el marqués de Priego, segun unos para tomar el mando del ejército pontificio en Italia, segun otros, y con mas probabilidades, para traer de Flandes al archiduque, despachó el rey un comisionado para que impidiese su embarque, mandó que le vigiláran y espíáran de cerca, y que, si era necesario, le prendiesen. Pero aquel grande hombre iba á dejar muy pronto de inspirar recelos á su soberano. En el otoño de 1515 adoleció en Loja de cuartanas, enfermedad que no parecia peligrosa, pero que agravada con las pesadumbres y tenazmente arraigada vino á hacérsele mortal.

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. X. c. 70.

Con la esperanza de restablecerse variando de residencia, se trasladó á Granada, pero en vez de reponerse su quebrantada naturaleza, fué siempre declinando, hasta que sucumbió en los brazos de su esposa y de su querida hija Elvira (2 de diciembre, 1515). En los últimos días de su vida oyósele decir que solo se arrepentía de tres cosas; de haber quebrantado el juramento que hizo al duque de Calabria, de haber violado el salvoconducto que dió á César Borgia, á quienes entregó en manos del rey Fernando, personal enemigo de entrambos; y además otra tercera que no quiso descubrir, y que unos suponían fuese no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del archiduque, y otros sospechaban sería no haberse alzado él con el señorío de aquel reino, aprovechando el favor con que le brindaba la fortuna (1).

Tal fué la muerte de aquel grande hombre, muerte que causó profunda y general tristeza en toda España. El mismo rey, que solo así dejó de temer al ilustre súbdito de quien tanto y tan infundadamente había recelado en vida, no pudo menos de pagar un tributo de veneración y de respeto á su memoria, vistiéndole de luto él y toda su corte, y mandando que se le hiciesen solemnes exequias, no solo en su real capilla, sino en todas las iglesias principales del reino.

(1) Giovio, *Vitæ Illustr. Viror.* Rey don Hernando, lib. X. c. 96.—*Chron. del Gran Capitan*, lib. III. y 98.—Quintana, *Vida del Gran c. 9.*—Mártir, *epist.* 560.—Zurita, *Capitan*, p. 333.

Sus restos mortales se depositaron primeramente en la de San Francisco de Granada, y mas adelante fueron trasladados á la de San Gerónimo. Doscientas banderas y dos pendones reales tomados á los enemigos, y colocados en las paredes del templo en derredor de su túmulo proclamaban las hazañas del héroe allí depositado y recordaban á los concurrentes las glorias y los servicios del Gran Capitan. El mismo rey escribió una afectuosa carta de pésame á la duquesa viuda en que confesaba los inestimables servicios que su esposo le había prestado (1).

«Gonzalo, dice un historiador extranjero (y le ci-

(1) Carta del rey, fecha 3 de enero de 1516, en la *Chronica del Gran Capitan*.

El sepulcro del Gran Capitan, obra magnífica de Diego de Siloe, en el monasterio de San Gerónimo, una de las primeras fundaciones del arzobispo Talavera, donde reposaban también las cenizas de la ilustre duquesa doña María Manrique, su esposa, ha sido en tiempos posteriores lastimosamente profanado, y, lo que es mas lamentable todavía, los huesos del grande hombre y los de su esposa fueron estraidos y robados, sin que se sepa cuál haya sido la mano sacrilega, ó al menos sin que una pena afrentosa haya marcado la frente del criminal ó criminales que arrebataron á España uno de los mas preciosos depósitos que guardaban sus monumentos. Parece que un particular conservaba algunos de estos venerables restos, que pudo reunir á fuerza de celo y laboriosidad, el señor don Bar-

tolomé Venegas, restaurador del templo, que hoy es dependencia de la parroquia de San Justo y Pastor. En la parte exterior de la capilla que mira á Oriente hay dos matronas de piedra que representan la Fortaleza y la Justicia, sosteniendo un tarjeton en que se lee: *Gundisalvo Ferdinando á Corduva, magno Hispaniarum Ducis, Francorum et Turcarom terrori.*

Fué creado Gonzalo en Italia duque de Terranova y de Sessa y marqués de Bitonto, y además fué gran condestable de Nápoles y noble de Venecia. Sus estados de Italia le producian sobre cuarenta mil ducados de renta. Su hija Elvira, que heredó sus títulos, casó con su primo don Luis Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, con lo cual se perpetuaron en la casa de Córdoba.—Salazar de Castro, *Historia de la Casa de Lara*, tomo II. pág. 621.

Contaba Gonzalo 62 años al tiempo de su muerte.

tamos con preferencia á los españoles, cuyo juicio pudiera aparecer apasionado), no estuvo manchado »con ninguno de los vicios groseros propios de su época: no se vió en él aquella rapaz codicia, de que »harto frecuentemente se pudo acusar á sus compatriotas en estas guerras (1): su mano y su corazón »eran tan liberales como la luz del día: no se le notó »nada de aquella crueldad y libertinage que afea los »tiempos de la caballería: siempre se mostró dispuesto á proteger al sexo débil contra toda injusticia é insulto: aunque sus maneras distinguidas y su clase le »daban grandes ventajas con el bello sexo, jamás »abusó de ellas, y ha dejado fama, que ningun historiador ha puesto en duda, de irreprochable moralidad »en sus relaciones privadas. Fué esta virtud rara en »el siglo XVI. La reputacion de Gonzalo está fundada »en sus hazañas militares, y sin embargo su carácter »parecía bajo diversos aspectos mas adecuado para los »negocios tranquilos y cultos de la vida civil. En su »gobierno de Nápoles desplegó mucha discrecion y »muy buena política; y tanto allí, como despues en su »retiro, sus maneras cultas y generosas le granjearon »no solo la voluntad, sino la mas sincera adhesion de

(1) Bien pudo el señor Prescott haber hecho estensiva esta acusacion á otros que no fuesen sus compatriotas, pues nadie mejor que el señor Prescott sabia, puesto que muchas veces nos lo ha dicho en su historia, que la ra-

paz codicia no era esclusiva de los españoles, y él mismo en muchísimas ocasiones, que le podemos fácilmente citar, nos ha hablado de la rapacidad de los extranjeros en aquellas mismas guerras á que alude.

»todos los que le rodeaban. Su educacion primera, »como la de la mayor parte de los nobles caballeros »que nacieron antes de las mejoras introducidas en el »reinado de Isabel, consistió en los ejercicios caballescrescos mas bien que en la cultura intelectual; no le »enseñaron nunca el latín, ni tuvo pretensiones de »saber, pero honró y recompensó con generosidad á »los que se dedicaban á las letras. Su buen juicio y su »esquisito gusto suplían en él á todo lo que le faltaba; »y asi es que eligió los amigos y compañeros entre »las personas mas ilustradas y virtuosas de la sociedad (1).»

No habia de tardar el Rey Católico en seguir á la tumba al hombre cuyas escelencias acabamos de compendiar. Hacía unos dos años que la salud de don Fernando se hallaba muy quebrantada á consecuencia de un hecho que revela las costumbres morales y las ideas que en materia de medicina se tenían en aquel tiempo. Cuando el rey habia perdido ya toda esperanza de tener sucesion de su segunda esposa doña Germana, esta señora, que lo deseaba vivamente, como tal vez el rey mismo, á fin de tener quien les sucediese en la corona de Aragon, aconsejada por dos principales dueñas propinó á su esposo cierto brevage que confiaban habria de vigorizar su naturaleza (1513), espediente semejante al que en igual caso se habia

(1) Prescott, Hist. del reinado pítulo 24. de Fernando é Isabel, part. II. ca-

empleado ya con el rey don Martín de Aragón. El resultado fué también en ambos casos parecido, á saber, el de estragar su salud y debilitar más su naturaleza, hasta contraer una enfermedad, que se fué agravando cada día, y vino á declararse en hidropesía, «con muchos desmayos y mal de corazón, dice el cronista aragonés, de donde creyeron algunos que le fueron dadas yerbas (1).» Uno de los síntomas de esta enfermedad era aborrecer las grandes poblaciones, donde se sentía como ahogado, y no encontrar recreo sino en el campo y en los bosques, ni pasatiempo agradable sino en el ejercicio fatigoso de la caza.

Más á pesar de sus padecimientos no dejó de tomar parte é intervenir en todos los negocios públicos, y en todas las guerras, negociaciones y tratos que se agitaban en aquel tiempo en todas las naciones de Europa. Primeramente se confederó de nuevo con Enrique VIII. de Inglaterra, su yerno, que había invadido otra vez la Francia (1513), para hacer unidos la guerra al francés al año siguiente, en que concluía la tregua que éste tenía establecida con el Rey Católico. Mas como variasen luego las circunstancias, prorogó Fernando la tregua con Luis XII., bajo las bases de casar al infante don Fernando su nieto con Renata, hija del rey Luis, y á doña Leonor su nieta con el mismo monarca francés, con cuyos matrimonios se

(1) Zurita, Abarca y Aleson refieren en términos demasiado explícitos este suceso, que dejaron consignado el ilustrado Pedro Mártir y el doctor Carvajal.

proponían que confirmaría la tregua el emperador. Sentido el rey de Inglaterra de este trato, que daba al traste con todas las esperanzas de sus empresas en Francia, ajustó paz perpétua con el francés, como en venganza de haberle burlado su suegro, á quien pensó desde entonces en hacer todo el daño que pudiese (1514), bien que la reina de Inglaterra doña Catalina hizo los mayores esfuerzos para reconciliar á los reyes, como padre y marido que eran suyos.

La muerte de Luis XII. de Francia (1.º de enero, 1515) desbarató todos aquellos tratos de paz y de matrimonios, porque Francisco I. que le sucedía, hombre de gran corazón y codicioso de grandes empresas, enemigo de las casas de Austria y de España, que ofrecía á los reyes de Navarra restituirles el trono de que habían sido arrojados, y aspiraba para sí al señorío, no solo de Lombardía y del ducado de Milán, sino de toda Italia, publicaba también que el príncipe archiduque le había de reconocer por superior en lo de Flandes, y pretendía que como tal había de darle luego obediencia. Esto movió al Rey Católico á promover con grande instancia y actividad, en medio de sus dolencias, una liga general entre él, el papa, el emperador, el duque de Milán y los suizos, para asegurar los derechos y las posesiones de las casas de Austria y de España contra las pretensiones del nuevo monarca francés. Merced á la sagacidad y á los activos esfuerzos del anciano y achacoso Fernando, se hizo la

confederacion entre aquellos estados y príncipes, excepto el papa, á quien se reservó su lugar por si quisiese entrar en ella, para forzar al rey de Francia á que desistiese de la guerra de Lombardía. Pero en este intermedio el archiduque Carlos, que acababa de emanciparse de la tutela del emperador su padre y de la princesa Margarita, y de tomar á su mano el gobierno de Flandes, hizo concordia con el nuevo rey de Francia por medio de sus embajadores en París (24 de marzo, 1515), y sin contar con su abuelo el Rey Católico, de quien no se hizo mencion, concertó su matrimonio con Renata, hermana de la reina de Francia. Porque era de notar que, siendo la casa de Francia tan enemiga de las de Austria y Aragon á las que Carlos habia de heredar, los consejeros del príncipe fuesen tan adictos al francés, hasta hacer que llamase padre al rey de Francia y le escribiese con este título. Semejante novedad produjo un cambio en la política, y se hicieron nuevas combinaciones matrimoniales. En julio de aquel año se celebraron en Viena los desposorios de los dos nietos del Rey Católico y del emperador Maximiliano, los infantes don Fernando y doña María, con Ana, hija del rey Ladislao, rey de Hungría, y con Luis, rey de Bohemia, su hermano (1).

(1) A estos desposorios se juntaron y asistieron en Viena cuatro soberanos, el emperador Maximiliano, Ladislao de Hungría, Luis de Bohemia, y Sigismundo de Polo-

nia. El emperador se desposó á nombre de su nieto Fernando, que estaba en Castilla.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X. c. 91.

Al propio tiempo que el Rey Católico, en medio de sus padecimientos, estaba siendo el alma de todas las negociaciones esteriore, ni desatendia ni descuidaba el gobierno interior del reino. Celebrábanse á la sazón córtes de aragoneses en Calatayud para tratar de un servicio que el rey habia pedido. Negábanse los ricos-hombres, caballeros é infanzones á otorgarle, mientras no se quitase el derecho de recurrir al rey que tenian los vasallos de los grandes señores, pretendiendo los barones ser los solos y absolutos señores de sus vasallos, sin que el rey y sus oficiales tuviesen jurisdiccion sobre ellos en los recursos por causa y razon de sospechas y miedos de jueces y lugares no seguros, lo cual llamaban «perhorrescencias,» y decian que entender el rey en aquellas causas era en perjuicio de sus privilegios y en grave lesion de las libertades del reino. Viendo Fernando á los barones y caballeros confederados y resueltos á negarle el servicio, y las discordias que con este motivo andaban entre la nobleza y el brazo popular, doliente y casi postrado como se hallaba, determinó pasar personalmente desde Castilla á Calatayud (setiembre, 1515). Con su presencia y con la mediacion y las gestiones de su hijo el arzobispo de Zaragoza, varias ciudades y algunos barones y caballeros, juntamente con el brazo eclesiástico, accedieron á la peticion. Mas como otros insistiesen en su primera negativa, y hubiese fuertes contradicciones y protestas, encendiósse tal llama de